



## PRESENTACIÓN

*Eliécer Calzadilla*

Lo mejor de Ciudad Guayana fue siempre su aire inaugural, su halo de comienzo, la sensación que casi todos aquí sentimos alguna vez de ser actores y testigos de un tiempo nuevo y distinto que arrancaba, y nosotros allí: convidados a vivirlo y a construirlo. Hasta hace pocos años la palabra planificada, que se usó como adjetivo y como promesa de un próspero destino para la ciudad, guardaba escondido también el significado de un plan individual, un plan de vida de cada uno de los que aquí vinimos, en el que estaban un trabajo seguro y bien remunerado, la probabilidad de construir los caminos personales, y estaban visualizados la familia, los hijos y, en síntesis, la vida. Esta iba a ser una ciudad enclavada en la provincia, lejos del centro geográfico, pero abierta al mundo, cerca de todo lo avanzado, moderna, cuando la palabra modernidad todavía tenía sabor a futuro y a progreso.

Se dice fácil: fundar una ciudad en el año 1961. Quienes la vislumbraron, planificaron y construyeron debieron sortear mil dificultades y tropiezos. A cincuenta años de distancia de aquel acto inicial, es justo reconocer el mérito de los individuos e instituciones a quienes el Estado encomendó esas tareas, lo consiguieron. El mérito es mayor si consideramos los vicios patrios de empezar y no continuar, de dejar las cosas a medio hacer o de estar haciendo obras que no concluyen nunca. El gran historiador venezolano, Germán Carrera Damas, cuando analiza los componentes de la crisis de la sociedad colonial (*Una nación*

*llamada Venezuela*, Monte Ávila, 1987), que en su enfoque historiográfico ubica incluso más acá de la fecha la Independencia, aporta un dato revelador: se había detenido el poblamiento de Venezuela; el último pueblo fundado –dice Carrera Damas–, fue San Fernando de Apure en 1788; tal vez parezca irrelevante, pero me toca añadir que Tumeremo, el último pueblo fundado en Guayana por los sacerdotes capuchinos catalanes, y lugar donde nací, tiene aquella misma fecha de fundación, 1788, y allí se detuvo por cierto, y por casi 60 años, el poblamiento de Guayana, que se reanuda puntualmente a mediados del siglo XIX cuando se descubren los yacimientos auríferos de El Callao.

Tuvo que transcurrir más de un siglo desde la fiebre que produjo el oro del Yuruari para que se concretara Ciudad Guayana como producto de la decisión de Estado de establecer aquí un polo de desarrollo. Y se vieron obligados a poblar estos espacios para hacer sustentable en el tiempo un desarrollo industrial concebido como una de las alternativas no petroleras para el avance del país.

No existe en Venezuela otro proceso fundacional como el de Ciudad Guayana. Antes, en los lugares hasta donde se extienden hoy sus límites geográficos, hubo pueblos y caseríos, nacieron y se extinguieron asentamientos humanos; San Félix o Puerto de Tablas estuvo a veces donde ahora se encuentra pero era otra, sin fecha cierta de nacimiento y con fundador desconocido, pero el azar le regaló una batalla con su nombre que la introduce en la historia de manera heroica. En la otra orilla, en el lado de Puerto Ordaz había un campamento con perfiles urbanos, pero lo construido aquí es distinto a lo que antes existía. Los trabajos que reúne esta publicación recogen en buena medida lo que tuvo que ocurrir, en distintos órdenes, para que naciera Ciudad Guayana.

De cualquier manera, la vida de Ciudad Guayana, sus orígenes, sus antecedentes, su fundación, sus rutilantes primeros años y sus enormes déficits sociales y ambientales, son temas abiertos. Si a ver vamos, todas las ciudades del mundo se interpelan y cuestionan en las voces de quienes las visitan o viven en ellas.

Si acaso pudiera simplificar la naturaleza de los magníficos ensayos que constituyen esta revista diría que es un compendio de memorias. Cuando leí el último de los trabajos que la integran vi claro el lazo que amarra los relatos:

los autores son en buena medida testigos, actores y voceros del nacimiento que relatan: la ciudad está naciendo todavía y todos ellos son también sus habitantes.

Reinaldo Rincón recoge en su ensayo la historia del poblamiento remoto de estos lugares. Su voz de investigador insiste en recordarnos que no todo comenzó hace 50 años, que hubo aquí otros comienzos y otros intentos, que hay aquí huellas de indígenas y de españoles, de espadas conquistadoras y aventureras enterradas junto con las cruces consoladoras que trajeron sacerdotes jesuitas y franciscanos en una terca y a veces frustrante fatiga por poblar, construir y sembrar.

Ese relato de los “antecedentes” tiene una conexión directa con el ensayo que firman Belzahir Flores y Ninoska Díaz, en el que toman a la planificación de un centro cívico como motivo para hacer una valiosa síntesis crítica de los hitos de la planificación y construcción de la ciudad, y tocar a un tiempo unos de los debates más abiertos, actuales y vibrantes: la escasa participación ciudadana en la planificación y los cambios de zonificación urbana contra los planes originales, cambios con los que parece que perdimos todos.

Alejandro Gamboa, también en la línea de la investigación histórica, aborda la construcción de la ciudad desde el recuento memorioso de uno de los íconos espirituales de la ciudad, el Colegio Loyola Gumilla. Aprovecha Gamboa y, junto con la historia del Colegio, recorre buena parte de la inagotable y fructífera presencia de los jesuitas en tierras guayanesas; rinde tributo a una obra y a unos maestros, laicos y religiosos, que dibujaron y dibujan aún los contornos espirituales de estos parajes.

Los tres ensayos que completan esta obra están conectados por un común carácter: entreveran el rigor histórico y la investigación con testimonios que le aportan un humano y cálido sello a la memoria, de tal manera que sin ellos, sin esos testimonios, la historia contada sería veraz y útil, pero no sería la misma.

José Carlos Blanco Rodríguez introduce un tema capital: el nacimiento de una cultura urbana. Se sabe que la ciudad es la más avanzada manera de agruparse y convivir que han ideado los humanos. Un atrevido autor cuyo nombre se me escapa decía que todo lo importante que ha producido la humanidad lo ha hecho

en las ciudades. De manera que a la audacia de poblar –para acompañar unas presas hidroeléctricas y unas fábricas–, que aquí se llevó a cabo, existió otra, igual de ambiciosa: construir no un campamento, no un poblado, sino una ciudad. En ese esfuerzo por construir lo más civilizado desde el inicio, por despojar a la sabana de lo primitivo y silvestre que aquí había, participó decisivamente el sector privado. Blanco Rodríguez hace aportes fundamentales con este ensayo: no fue solo el Estado el que hizo ciudad, sectores de la economía privada, individuos por su propia cuenta, apostaron a fundar aquí una cultura distinta a la minera, a la pueblerina y a la típicamente provinciana. Una de las acepciones de provincia que más me impresiona es la que la define como “lugar de los vencidos”: el exilio, la expulsión de la ciudad, era una pena ubicada en un peldaño debajo de la esclavitud, porque arriba, de primera, estaba la pena de muerte. Esta ciudad se funda con inequívoca ambición ciudadina, abundan las pruebas, esta que aporta Blanco es una de ellas. El papel que jugó el Centro Comercial Caroní en la conformación de una cultura de ciudad es tratado por Blanco Rodríguez con especial afecto y tino, y al tocarlo introduce uno de los asuntos perennes del debate de Ciudad Guayana: su vocación ciudadina en contraste con la ruralización de Venezuela en estos últimos años, que amenaza con devolver todo a lo agreste e incivil. Hay un enorme espacio a partir de este trabajo para debatir lo que pudo ser mejor y debe ser realizado, para rediscutir el desorden urbano, los necesarios espacios para el arte y las ciencias, la conexión con la era del conocimiento y, en el fondo, el tema inevitable de la inclusión social y la participación ciudadana. Tal vez en el terreno social, en la exclusión y en la injusticia hay aquí, en estos espacios, muchos, tal vez demasiados sueños rotos, pero ese es tema de otra revista, de otros ensayos por escribir.

Alfredo Rivas Lairret documenta para la historia, en un elocuente, singular e insoslayable relato qué cosas atrevidas e insólitas tuvieron que realizarse para consolidar el esencial nervio económico de ciudad, el conocido Plan IV de la Siderúrgica del Orinoco (SIDOR). La Guerra del Yom Kipur había disparado los precios del petróleo, el gobierno Venezolano decide apurar los planes de inversión en la industria pesada del acero, hay fiebre de dólares y palabras en la sede del poder que proclama la construcción de La Gran Venezuela, Guayana es privilegiada con la inversión de recursos...pero no hay casas ni hoteles para

alojar a los miles de técnicos y obreros que requieren las obras. Es entonces cuando el Estado venezolano decide comprar, para usarlo como hotel flotante, un barco crucero de lujo de bandera italiana, el Cristóforo Colombo. Al lado de las sabrosas anécdotas y del pícaro relato que Rivas Lairet recoge y reproduce de manera fiel, está la conmovedora historia del barco mismo, desde sus dos bautizos (fue rebautizado en el Orinoco) y su desmontada capilla que se queda en Ciudad Guayana, hasta su desguazamiento final.

Robinson Lizano reconstruye lo que él mismo denomina el lento y accidentado camino de la televisión en Guayana. Nada tan gráfico y oportuno como este relato para ilustrar lo difícil que es civilizar, si entendemos este término, en este caso específico, como el acceso libre de un grupo humano a uno de los más poderosos inventos que se haya realizado. Lizano salpica su bien documentado ensayo sobre el desarrollo de la televisión en Venezuela y en la región con inolvidables anécdotas. Poblar, deduce uno luego de leer este trabajo, es mucho más que hacer casas y mudar a la gente.

He disfrutado y he nutrido mi espíritu con cada uno de estos trabajos. Espero que cada lector encuentre en ellos el trozo de memoria que sus autores dejaron al escribirlos. La ciudad anda todavía en la primera infancia de su vida y busca con su gente de trabajo los sueños de futuro, prosperidad y justicia que le sembraron los que la concibieron y forjaron, que son muchos. Estos ensayos honran aquellos esfuerzos fundadores en este 50 aniversario.

